



Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10.

La perla del Albaicín, por RODRÍGUEZ-ACOSTA



Scenes de Paris
FOT

Oye tú, chiquillo,
 escucha, mi arma:
 ¿Sabes tú en er mundo dónde está la gloria?
 ¿Sabes tú de un río que lleva en sus aguas
 arenas de oro?
 ¿Sabes de un palacio titulado la Alhambra,
 hecho tó de encajes
 tejidos por hadas

primorosamente, con mil arabescos
 y mil filigranas?
 ¿Sabes, por ventura, qué es el Albaicín?
 ¿No has visto Granada?
 Entonces, chiquillo, no sabes der mundo
 dónde está la gloria, ni la flor y nata
 de las buenas mozas
 y de las gitanas.

15 CENTIMOS



De todo un poco.

CRÓNICA VERDE

Es el color de moda; ya lo habrán ustedes observado.

Jóvenes «de ambos sexos» andan por esas calles vestidos de «lagarto, lagarto», y hasta la simpática Iggius ha dado el miércoles en la Comedia una *función verde*, anunciándolo así en los carteles.

Yo, que por no haber venido de Barcelona el original de nuestro querido compañero Limendoux, me veo obligado a sustituirle esta semana, quiero rendir también tributo a la moda contando a ustedes cierta aventurilla picante, de la que he sido testigo presencial.

—¿Quiere usted que la lleve ese lio?
 —¿Otra vez usted? ¡Cuidado si es posma el hombre!
 —¡Ingrata!
 —¡Caballero!
 —Hace quince días que sigo tenaz las huellas de esos pies tan lindos y tan cliquirritos, hace quince días...
 —¿Que me está usted molestando! Ya lo sé.
 —Pero niña...
 —¿Quiere usted hacer el favor de retirarse?
 —¡Nunca! Te seguiré hasta el fin del mundo.
 —¡Cuidado si es usted pesao, cristiano!
 —¡Y tú desdenosa!
 —¡Vaya, aliviarle! Y la hermosa dió un respingo, y acelerando el paso atravesó la calle y siguió su marcha por la acera opuesta, donde la había abordado su tenaz perseguidor.

Pero éste no se desanimó, y atemperando todo lo posible su paso al de la chica, siguió en su persecución sin perderla de vista un solo instante.

El tenorio en cuestión era un hombre de cierta edad, más viejo que joven, seco, anguloso, muy elegante y muy teñido; pues fijándose un poco, se veía una línea blanca, casi imperceptible, a raíz del cutis, que denunciaba fatalmente el crecimiento natural del pelo desde el día del tinte. Esto y las mal disimuladas arrugas, el círculo amoratado alrededor de los párpados, la vaguedad de la mirada y las comisuras de la boca, asaz marcadas, no dejaban lugar a la duda sobre la edad de aquel buen señor, que era lo que se llama un viejo verde, en toda la extensión de la palabra.

Vestido de un modo irreprochable, con una gardenia en el ojal de la entallada levita, manejando con soltura su ligero bastón y pisando fuerte, el viejo conquistador engañábase a sí propio y creíase aun en disponibilidad de aumentar la serie de sus triunfos y la numerosa lista de sus conquistas amorosas.

Verdad es que era muy rico, y sus hermosos billetes de Banco ayudábanle de un modo prodigioso a realizar ciertos milagros.

Milagros de cierta clase, se entiende, pues todos aquellos en que era necesario el concurso de la juventud, el vigor, la verdadera pasión, eran absolutamente irrealizables para el buen señor.

Bien es verdad también que él se contentaba con milagritos de menor cuantía.

Quince días, lo menos, llevaba consagrados a la persecución de la joven con la que le hemos oído mantener el anterior diálogo, y todas sus ofertas habían sido rechazadas, y todos sus requiebros vanales y estúpidos recibidos con el mismo desdén.

Sabía que aquella ingrata—como ya la llamaba—era una joven huérfana, que habitaba solita un modesto sotabanco en una calle de quinto orden, pero la portera no había sabido decirle de qué y cómo vivía su inquilina; un año hacía que ocupaba el cuarto, y todo lo que había averiguado la portera, era que la chica se llamaba Isabel, que salía invariablemente de casa a las nueve ó las diez de la mañana, que acostumbraba no volver hasta las últimas horas de la tarde, que no la visitaba nadie, y que pagaba religiosamente el alquiler de su cuartito.

Impertérrita seguía la muchacha su camino huyendo del almidonado viejo, cuando de pronto le detuvo un joven guapo y elegante, con la que comenzó animado y al parecer alegre diálogo.

El viejo tenorio observó, y una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios delgados y descoloridos.

Conocía perfectamente al interlocutor de la joven, y por él iba al fin a averiguar algo referente a su desconocida.

Terminada la breve conversación de los dos jóvenes, cesó en la persecución, y abordó resueltamente a su amigo.

Era éste un aventajado pintor, premiado en el último certamen. El averiado pirata callejero conocía al artista, y hasta le había comprado a muy buen precio alguno de sus cuadros, y no dudó un momento en que aquél le daría los codiciados informes.

¡Y cuál no fué su asombro, cuando al contestar a sus preguntas le contestó el artista que aquella joven era nada menos que su modelo!
 ¿Qué le propuso D. Cándido, que así se llama el viejo, al discípulo

de Apeles, que éste, riendo a carcajadas, aprobó el plan que le propuso su inflamable amigo, y se comprometió a ayudarle en su empresa? Ahora lo sabremos.

Penetramos en el estudio de Raimundo y allí encontramos al enamorado D. Cándido.

Vestido con el traje de taller que usaba el artista, se halla sentado junto al caballete, esperando que salga la modelo, para seguir la obra comenzada.

En esta picardigueta consistía todo el plan que había acordado el día anterior con el artista.

Este consintió en acceder a la extraña petición de D. Cándido agobiado por sus reiteradas instancias, pero resuelto a contar antes con la aquiescencia de la muchacha, la cual enterada del caso no tuvo inconveniente en prestarse a la farsa, decidida a burlarse del vejete estúpido, escarmentándole de una vez para siempre.

Y puestos de acuerdo Raimundo é Isabel, convinieron en la manera de realizar su proyecto. Creía el libidinoso anciano encontrarse solo en el estudio con la que ya juzgaba su víctima, y cuando ésta apareció mostrando su espléndida desnudez, los divinos encantos de aquellas formas esculturales, D. Cándido sintió como un deslumbramiento.... temblaron sus manos, y abrió la boca dos ó tres veces, sin poder proferir una palabra.

Tenía la lengua pegada al paladar.

Isabel, sin reparar, al parecer, en el lastimoso estado en que se hallaba el improvisado artista, se acercó lentamente y se colocó junto al caballete en la misma situación y actitud en que se la veía en el cuadro comenzado.

El perfume de aquel aliento suave y delicado, el cálido perfume desprendido de aquellas carnes blancas y apretadas, abrasó a D. Cándido, y acabó de trastornarle por completo.

—¿No trabajamos hoy?... interrogó la joven, fingiendo no haber conocido aún la superchería de que era víctima.

El sonido de aquella voz pareció despertar al pobre viejo, que alzando la cabeza y fijando en Isabel la codiciosa mirada, borbó las siguientes palabras:

—¿Trabajar?... ¿Quién piensa en trabajar? ¡No me conoces...? Mirame, no soy el pintor que creías encontrar aquí como todos los días....

—¡Cielos! exclamó Isabel con un grito de asombro perfectamente simulado, ¡No es Raimundo!

—No, soy yo... Cándido, el hombre que te adora, que está muerto por ti, y que está resuelto a todo para conseguir que le quieras...—y diciendo esto, D. Cándido arrojó lejos de sí la paleta y los pinceles que conservaba en las manos, y alargando los brazos quiso estrechar en ellos a la gentil modelo.

Pero ésta, esquivando ligera el cuerpo, dió un grito penetrante y se retiró evitando el abrazo, sin poder evitar que el viejo, impulsado por la fuerza con que trataba de abrazarla, cayese de bruces, cuando largo era, sobre el duro suelo.

Isabel huyó dando nuevos gritos y, antes que D. Cándido hubiera podido levantarse, abrióse una puerta del fondo y apareció en ella Raimundo; seguido de media docena de amigos, entre los cuales me contaba, riendo todos a mandíbula batiente.

El viejo, pálido y asustado, contempló a los jóvenes sin saber lo que le pasaba.

—¡Vamos, D. Cándido,—dijo Raimundo.—Eso no es lo tratado...! Ha faltado usted a su palabra, y yo debía exigirle ahora una satisfacción.

—Yo... no... aseguro a usted...

—¡Basta, replicó el artista. Lo he estado observando todo, y su conducta de usted no tiene disculpa.

—Pero....

—Sin contar, añadió uno de los jóvenes acercándose a D. Cándido y mirándole de un modo poco tranquilizador, con que esa joven es parienta mía, y estoy resuelto a romperle a usted algo, en cuanto vuelva, no digo ya a molestarla, sino a mirarla siquiera.

Don Cándido asustado, y comprendiendo por las caras de aquellos burlones que había hecho el oso soberanamente, balbuceó algunas excusas, y cambiando con rapidez de traje, salió del estudio como perro con maza, entre las risotadas y cuchufletas de todos.

¿Que les ha parecido a ustedes poco verde la aventura? Pues eso le pareció al público de la Comedia la función del miércoles.

Y es que en los anuncios siempre se exagera.

Por el cronista efectivo,

EL SUSTITUTO

PARÍS

Sueños de niñas.

Eran las nueve de la noche; dos apuestos jóvenes vestidos con elegancia siguen la avenida Melaine, la perla de Bellevue; por su porte parece que van a una gran *soirée*.

Hablan y acompañan su conversación con gestos y ademanes expresivos.

—¡Ah, querido amigo!

—Sí; no te digo que no, pero tú ya sabes, los enamorados somos todos iguales...

—Cállate, vas a blasfemar; Leopoldina no es una mujer como las demás.

—Naturalmente.

—Además, ¿me concederás que conozco el mundo?

—La mitad, solamente.

—Sea; pero como llevo muchos años viviendo en esa mitad, y en esa mitad vive ella, estoy en guardia contra astucias engañosas. Yo soy incrédulo; pero ante la evidencia no hay más remedio que rendirse...

—Continúa, que ya me está pareciendo...

—Pareciendo... ¿a quién?

—A un hombre que está pronto a hacer todas las tonterías, incluso la del matrimonio.

—¿Llamas tontería a casarse con ese ángel? Pero te perdono; no la conoces. Ha sido educada en el Sagrado Corazón de Jesús, en los verdaderos principios de la piedad, de la sencillez, de la lealtad y del desinterés...

—Chico, chico, ¡cuánta elocuencia!

—¡Cuando pienso que ha estado a punto de negar su consentimiento...!

—¡Bah! ¿Y por qué?

—Porque tengo una fortuna y ella no.

—¡Já, já, já! Tiene gracia.

—Sí, señor; lo repito, fué preciso que su padre la instara mucho.

—Un santo varón digno de ser suegro.

—Me ha exigido que no gaste por ella sino lo estrictamente necesario.

—¡Una choza y tu corazón!

—¡Chist!... hemos llegado.

—El chalet es sencillo y de buen gusto.

—Psé... un modesto retiro construido por el padre, funcionario del Estado... Allí veo...

—¿Al padre?

—No; a ella, a Leopoldina. ¡Qué gracia! ¡Qué ingenuidad! Se diría que es aún colegiala.

—Ahí viene hacia la verja, con una amiga; ¡cómo se ríe! ¿De qué hablarán?

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—No entrar todavía, esperemos escondidos detrás de las columnas de la verja, y así las oiremos lo que dicen.

—¡Hombre, eso parecería un espionaje!

—No hay tal cosa. Tú aseguras que es un ángel; déjame, pues, mirarla en su paraíso tal cual es... ¿Tienes miedo?

—Al contrario, es el mejor medio de que veas si tengo razón en lo que he dicho.

—¿De modo, Leopoldina, que en el mes próximo?...

—Antes, si es posible. Las medicinas que saben mal se toman de un solo trago.

—En ese caso ya está dorada la pildora.

—Por supuesto. ¡Si así no fuera!... Ciento cincuenta mil libras de renta; juzga, pero...

—¿Es feo?

—Peor que eso; ridículo.

—Veo que eres la misma del convento; jamás encontrabas bien a los hermanos de nuestras compañeras... a excepción de Renato.

—Cállate, no pronuncies ese nombre.

—¿Es oficial ahora?

—Sí, y está de guarnición en Rambouillet.

—¡Vaya, vaya! ¿Cómo lo sabes?

—¿Yo?... me... lo...

—¡Ah! ¿Os escribís con frecuencia?

—¡Anal!

—¿Pero a qué ocultarlo?

—No lo oculto, pero...

—Sí, era guapo; pero... ni una peseta... haces bien en casarte, tan más cuanto que...

—Mi futuro posee una casita de campo en Rambouillet.

—Pasaremos juntas el verano en ella.

—Desde luego, pero no me he casado por eso, te lo aseguro; yo no soy de esas tontas que creen indispensable amar a su marido.

—Ni yo, hija, ni yo.

—El casamiento, Ana, es nuestra carrera; no se debe elegir la más agradable, sino la que aprovecha más.

—Te veo muy filósofa y con gran criterio.

—¿Qué quieres! es preciso ser de su época!

—Ya, ya...

—Muerto papá, ¿qué sería de mí? La miseria por todas partes: no

tiene más que su empleo... y yo, la verdad, no quiero ser institutriz, como hacen otras.

—Algunas veces, sin embargo, no deja de ser agradable, sobre todo cuando se dan lecciones al viudo en vez de darlas a la hija.

—El matrimonio es lo más sencillo y lo más directo; pero se hace difícil cada día más. He perdido varias proporciones, aquí donde me ves; y, sin embargo, no soy mal parecida, ¿verdad?

—No, mujer, no...

—Pues cuando se llegaba a la frase *no hay dote*, ¡si los hubieras visto escapar! Creo que uno se cayó por la escalera.

—¿Y el actual, no hará lo mismo?

—No hay peligro. He cambiado de táctica. Con los otros me presentaba tal como soy; natural en mi modo de ser. Con este, al contrario, bajo los ojos ruborosa... así... la voz baja y temblorosa... nada, que parece que no he roto un plato en mi vida.

—¿Y no te cuesta trabajo fingir?

—Todo es acostumbrarse... Así le atrapo mejor; figúrate que le he rechazado por sus millones, haciéndole comprender que no pienso amar a nadie más que por sus méritos.

—¿Y lo ha creído?

—¡Vaya! Jamás se admira uno cuando se trata de cosa propia... Lo que me divierte es cuando hablando de mí, le dice a papá: «Es una criatura divina».

—Déjate canonizar.

—Es lo que estoy haciendo. Figúrate que se ha entusiasmado porque le he dicho: «En todo caso, no aceptaré sino lo estrictamente necesario. Cien francos al mes para mis gastos particulares».

—Tu doncella te ha de costar mucho más.

—Ya lo sé, pero es el medio de forzar su generosidad. Cuanto menos acepte yo, tanto más dará él.

—¿Sabes que no te conocía yo todavía?

—¡Qué quieres! Es preciso demostrar que se tiene educación moderna y que se aprovecha en las ocasiones.

—¿Y tu padre?

—Está encantado; el pobre me dice a cada instante: «No eres una mujer, eres un monumento». Probablemente lo dirá porque la conservación de los monumentos es muy difícil.

Y una carcajada a dúo terminó este diálogo.

A todo esto, los dos amigos, ocultos, no habían perdido una sílaba de la conversación.

Sin hablar palabra, con la vista, hizo uno al otro una interrogación, a la que contestó con toda su fisonomía el futuro... (III)

Cinco minutos después, se alejaron de la verja del jardín. Un cuarto de hora más tarde iban en un tranvía.

—Puedes jactarte de haberme encontrado y del éxito de mi espionaje. ¿Quién ha vencido a quién?

—¡Ah! Tal vez no hemos comprendido bien su pensamiento...

—Pues chico, si lo quieres más claro...

PIERRE VERON

Feminismo.

Vean ustedes la carta que he recibido esta noche de una chiquilla preciosa con quien tengo relaciones.

*

Viene el oloroso pliego dentro de alargado sobre y dice a la letra: Arturo... (suprimo las expresiones). Viendo que estamos expuestas a los bárbaros furros de esos novios inciviles que, porque a sus pretensiones contestamos, *están verdes*, malvados, necios y torpes nos rajan y nos fusilan (ella lo dice, señores) cuando es el dar calabazas derecho innato *urbi et orbe*, para el que siempre tenemos a mano, dos mil razones, dispuesta a todo, he comprado un lindísimo revólver. Porque no resulta justo ni natural, que los hombres, hasta sin uso de armas, gasten pistola y estoque, siendo resignadas víctimas siempre nosotras, las pobres mujeres, que recibimos y no damos nunca golpes, aunque nos dejen ustedes, sin atender a razones,

después de venir a casa por mañana, tarde y noche, durante cinco ó seis años que duran las relaciones. Y yo, que no me conformo, temiendo que se te antoje hacer lo que otros... *cocheros* he resuelto (más sin voces, sin escándalo y sin ruido) si alguna vez se te pone en la nariz el dejarme, cargando bien el revólver, decirte con cara fosca: *Mi amor ó la muerte*, escoge. Y me he de reir yo mucho al ver tu valor entonces. Pues no hay razón que en tal caso la desigualdad abone, cuando hay mujeres poetas, ingenieros y doctores, lo cual prueba que tenemos más corazón que los hombres, más talento y por no ser á ellos en nada inferiores ¡hasta con más gracia puestos llevamos los pantalones! Adiós. Sabes que te quiere tu nena. — Conchita López.

*

Yo, en principio con la carta confieso que estoy conforme; mas del final pido prueba palpable, por ser miope.

RAFAEL LEYDA

«ESCAMADA», por PRÉJELAN

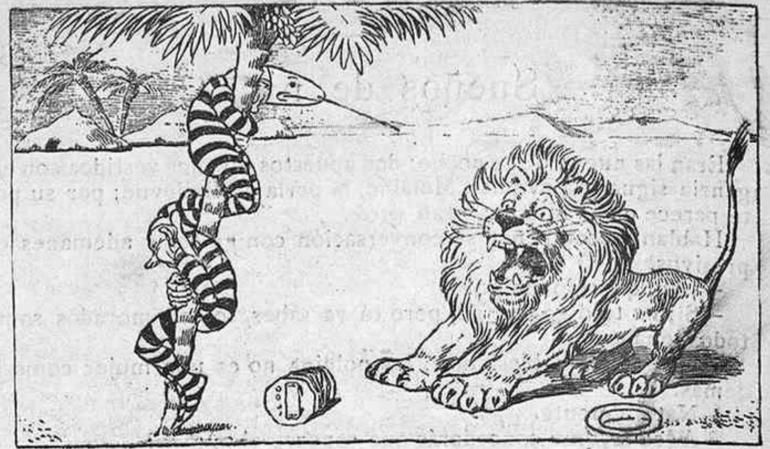


— Ahí viene con un ramo de flores. Seguramente me dirá que esta noche tiene Ayuntamiento, porque lo tengo observado, siempre que me trae algún regalo, ya se sabe, por la noche Ayuntamiento.

«EL REY SE DIVIERTE», por REINICKE



— 2 —



— 3 —



— 4 —

EN FORNOS, por POVEDA



— Bueno; te traes langostinos, tortilla con jamón...
 — No, para mí que no traigan tortilla ya sabes que se me cae.

UNA BODA, por DIÁVOLO



—Anda, niño, jaléate otro poquito pa que los novios evayan á descansar

El cartelito.

Ana se había quedado casi sola en el mundo.

Y digo casi sola, porque si bien es verdad que había ido perdiendo á todos sus parientes, le quedaba en cambio, como recuerdo de días más felices, un perrito faldero que era «una bendición de Dios» y que respondía al nombre de *Reverte*.

Es decir, como responder, no respondía; pero cerca le andaba...

Y claro es que una muchacha bonita, como ella, con un cuerpo tan esbelto, como el suyo, viviendo sola como vivía y con un perrito faldero, como *Reverte*, había de tener los pretendientes á puñados.

Y los tenía.

Jóvenes, viejos, ricos, pobres, rubios, morenos, tontos, listos...

Sólo uno, Serafin Rebollo, había tomado en serio aquella pasión «que le devoraba».

Una noche, frente al café de Pombó, le decía al objeto de sus ilusiones y de sus amarguras:

—Sí, Ana; créame usted. ¡La amo! Por usted no vivo, por usted no sosiego...

—¿Tanto me quiere usted?

—Tanto, que por usted haría yo la mayor atrocidad.

—¿Siempre se exagera!

—Créame usted, Ana. ¡Estoy resuelto á casarme con usted!

Siguieron hacia la Puerta del Sol.

Serafin insistió en lo de la boda. Él como contar, no contaba con una gran fortuna; pero tenía lo suficiente.

Ella andaba peor. Se estaban acabando los ahorrillos de sus padres y el día menos pensado tendría que buscar donde le dieran algo.

—¡Ese día no llegará!

—Está ya tan próximo.

—Pues decidámonos pronto. Y así el día menos pensado será el de nuestra boda.

—Yo soy muy desgraciada, Serafin.

—Tiene usted razón. ¡Tan joven y ya sin padre, sin madre, ni perrito que le ladre!

—Por Dios, Serafin. ¿Y mi pobrecito *Reverte*?

—Tiene usted razón. Pero hablemos en serio. A mí sólo me falta el consentimiento de mi padre.

—Sí, pero figúrese usted que no consiente.

—De eso se encargará mamá...

Subieron por la calle de la Montera.

Serafin quería averiguar si en el corazón de Ana se «notaban las huellas» de otro hombre.

—No; querer, no quiero á nadie. Hoy por hoy todo mi cariño es para *Reverte*... y para

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS, por LEAL DA CAMARA



FRANÇOIS COPPÉE, célèbre poeta parisien.

ESPERANDO EL DESFILE, por SAIZ GIL



—Y luego dirán que el pueblo no se ha divertido con los festejos!

usted. ¡Pues si yo hubiera hecho caso á todos los que me han hablado!... ¡Pues si yo hubiera accedido á todas las barbaridades que me han propuesto!...

Y volvieron á hablar de la «situación económica» de la muchacha...

—¡Estoy tan desesperada! Hoy, hablando con una vecina, he estado pasando revista á todos los oficios con que una mujer honrada puede atender á las necesidades de la vida... Todos son malos... ¡Hay que trabajar tanto para ganar una peseta!... La vecina me aconsejó que tomara caballeros «en familia».

—¡Anal! ¡Eso es una atrocidad!

—Eso mismo le dije yo á la vecina.

—¡Eso es lo último!

—Calle usted, por Dios, Serafin! Le juro á usted que antes de decidirme á eso tengo que haber perdido el pundonor, el decoro, la honradez que he heredado de mis pobrecitos padres. ¡Yo admitir caballeros! Antes tengo que perderlo todo ¡todol... ¡Se lo juro á usted por segunda vez!

Se despidieron.

Habían llegado al número 65 de la calle del Desengaño, donde, en el cuarto tercero izquierda, vivían Ana y *Reverte*.

Serafin llegó á su casa, habló con su padre del cariño, de la honradez y de la situación de Ana...

Los padres de Serafin celebraron una larga conferencia.

—Accedemos—dijo el padre una vez terminada ésta.

Serafin creyó volverse loco de alegría.

Aquella noche no durmió cinco minutos seguidos.

—¡Qué felicidad! ¡Oh! ¡Qué dirá Ana cuando lo sepa?

A la mañana siguiente corrió á casa de la muchacha... Al entrar en el portal se quedó frío, mudo...

—¡Recáscaras!—exclamó antes de enmudecer.

En el quicio de la puerta había colgado el siguiente cartelito.

EN EL 3.º IZQUIERDA
SE DESEAN
CABALLEROS EN FAMILIA

Serafin leyó el cartelito tres ó cuatro veces, se limpió con el dorso de la mano dos lágrimas indiscretas y se alejó del sitio en que habían muerto «á mano airada» to-



das sus alegrías y todas sus ilusiones.

—¿Qué le habrá pasado esta noche?... Ella me dijo que no quería á ningún otro hombre... Pero hay tantos canallas en el mundo!... Las mujeres también mienten mucho... ¡Ah, pero no!... ¡Eso tiene que haber sido una perrería!...

FELIPE PÉREZ CAPO

Pubertad.

Ana, que frisa en los quince, edad hermosa de veras, y que es tan encantadora como los años que cuenta, fué en mi compañía al bosque un día de primavera... ¡de esos cálidos y espléndidos en que la luz del sol quema, cuando es un horno la atmósfera y es un incendio la tierra!

Ana, que luce el cabello como la miés en la era, y los ojos del divino azul de la violeta, ¡tiene muy pálido el rostro, como si fuese de cera!

Ana, sin embargo de esto, y á pesar de su inocencia, salió de allí con la cara roja como una cereza... porque en el bosque, y oculto entre las ramas espesas



—¿En qué vas pensando?
—En las cosas que tengo que contarle á la secretaria.
—Bueno; cuéntale el todo, menos lo del timo y lo de la mujer gorda, no vaya á creer que es una alusión y tengamos un disgusto, que bastantes nos hemos llevado en Madrid.
—Pero ¡y lo que nos hemos divertido!

DE VUELTA DE LOS FESTEYOS

de un arbusto con más flores que los sueños de un poeta, vieron sus ojos un nido... ¡y al gritar dentro de ella el instinto, se cubrió del color de la vergüenza su rostro, que siempre ha sido pálido igual que la cera!

AQUILES NERÓN

En el estudio.

Se despojó ligera la modelo de batistas y encajes y quedó al descubierto la sonrosada carne, matizada de tonos nacarinos y brillantados negros de azabache.

Era un desnudo espléndido, riquísimo en detalles de morbideces núbiles y curvas elegantes, merecedor de ser eternizado en colores y mármoles.

Deslumbrado el artista por aquella belleza palpitante vió que la inspiración, acorralada por el bestial instinto al rebelarse, huía y le dejaba sin defensa frente á los incentivos de la carne.

La lucha fué ruidísima aunque breve, pero vencida al fin la hirviente sangre, congestionado y trémulo, asió el pintor con mano vacilante pinceles y paleta, y sus dominios reconquistó majestuoso, el Arte.

ANDRÉS PÉREZ DE LA GREDÁ

Baturrillo.

¡Ay, qué miedo! Según noticias, algunos de aquellos de quien me burlo en mis «Grafomanos de América» me aguardan en París sable en mano. Es el modo más rápido de acabar con la crítica. Muerto el perro... Lo que falta ahora es que yo quiera batirme. ¡Oh, no! Yo no me bato con el primer *venu*. El duelo, ¿resuelve algo? Supongamos que me dan una estocada ó un sablazo. ¡Probarán con eso que tienen razón, que saben escribir? Demuéstranme ustedes con la pluma que mi crítica es injusta, disparatada, sin fundamento. Así, así se prueba el movimiento: andando.

Mis grafomanos se pasan la vida *rodando* (quiero decir, haciendo versos á lo Rueda), y nadie les para los ripios. Salgo yo gritando: ¡Eh, alto ahí! Basta de desatinos.—Y los grafomanos responden: —Te vamos á matar.—No es tan fácil hinchar un perro.

Claro, están *hechos* á los bombos de Unamuno y Valera que, dicho sea sin pizca de respeto, tienen un gusto estético detestable, principalmente en lo tocante á versos. ¡Pues no dice D. Juan, el ilustre estilista, que Grilo «es un poeta delicioso», que Salvador Rueda que dice de un sarcófago que tiene «senos virginales» es un poeta inspirado!

¡No hay crítica, señores! La literatura española é hispano-americana parece una casa en verano. Como no hay gatos (véase críticos) los ratones hacen de las suyas. Se comen los cuadros, roen las paredes, despanzurran los muebles...

Ustedes saben que en verano casi todo el mundo se va á las playas y deja la casa vacía. Es la hora de los ratones, como diría Vargas Vila. He aparecido yo *haciendo el gato*, y los ratones corren de acá para allá, chillan, me saltan á las narices, se meten en las cuevas.

No sean ustedes... ratones, mis queridos grafomanos. Tomen la pluma y devuélvanme la pelota. (Ya aquí la alegoría se rompe y cada cual recobra su personalidad específica: ni yo soy gato, ni ustedes roedores. Pura broma).

Por una debilidad cerebral nativa, de raza, pudiéramos decir; no podemos soportar la crítica negativa. Si no se nos llama genios (ó Dicentías) ya se sabe, amenazamos al pobre crítico con una paliza, por lo menos.—¡Di que soy un genio ó te zurro!—Y el pobre crítico ni se resigna á que le casquen las liendres ni llama genio, ni medio genio siquiera al *acusado*.

Si el grafomano *escribe* en diarios de circulación, no mienta el palo para nada. El cobrar un sueldo por exhibirse en una tribuna resonante le da cierto aire desdeñoso y caritativo. El no descender á personalidades (como dicen los críticos graves y huecos); lo que hace él es... callarse. No le mentará á usted ¡El vacío! ¡Qué terrible es el vacío! ¡El silencio, la sepultura en vida!

Interiormente se le llevarán los demonios, y puede que no piense sino en usted, y sólo en usted. ¡Oh, ese *Fray Candil* ó *Zascandil* (como me llamó un grafomano). ¡Vaya un mamarracho! *Eso*, ¿tiene ingenio? ¡Cál! Eso es un congrio. Todo, en *petit comité*. En público... ¡el silencio!

Afortunadamente que yo no me ahogo en poca agua. Soy como el viento. ¿Me cierran una puerta? Entro por la otra. ¿Me las cierran todas? Me cuelo por el tejado. ¡Cuidado si me han hecho y siguen haciéndome la guerra aquende y allende el mar!

Y yo, tan campante. Vamos á ver si en París también me persiguen. Allí no es tan fácil. Aquello es muy grande.

¡Cuántos grafomanos han venido á Madrid en busca de un nombre literario!

Y al mes han tenido que irse porque aquí, á pesar de los Grilos, los Reinas, y otros Ruedas y Unamunos más ó menos Pompeyos Gener, la literatura relumbrante y vacía no gusta.

Al decir *grafomanos* no me refiero á todos los escritores de América. No. Allí hay buenos literatos, instruidos, inteligentes y progresivos. Pero, ¡son tan pocos! Lo que abunda es el tipo *hugoniano*, gongorino, presuntuoso y enmarañado, hijos literarios todos de Unamuno, de Rueda y otros por el estilo. Suponen que escribir consiste en delirar. ¡A eso llaman modernismo!

FRAY CANDIL

De verano.

Después de tantas corridas de toros y de potrancas, *drawing room* y *sauteries*, novenas y novilladas, obediente á la consigna, de Madrid la *crém* se marcha á remojarse el talego en las extranjeras playas, y marcando su camino con surcos de oro y de plata.

Tras de la *carpanta* opulenta se va la de la *carpanta*, y por donde ella transita se deja rastro de trampas.

Hay quien come todo el año á media ración, patatas, y quien empeña los muebles y quien vende hasta la cama para marcharse á Dieppe, debiendo un año de casa, al aguador siete meses y al cartero quince cartas.

La loco-mono-mania lo invade todo en España, las *turres* y las *tabernas* (lo mismo que la *mors pallida*), y todo es ir y venir y dárse calabazadas

para conseguir la mosca ó la gaita necesaria.
 Nuestras clases directoras (por mal nombre así llamadas) tíos, sobrinos, abuelos y padrastrós de la patria (la flor de nuestra política) la comercial flor y nata y todos los figurantes que en este teatro danzan, á refrescar la conciencia ó á ponerle más ensanchas, como huyendo de la peste, de nuestro país se largan, y cuando en otoño vuelven á sus hogares, no falta quien encuentra el patrio suelo árido y triste, y compara aquellas quintas hermosas con nuestras pobres barracas.
 —¡Qué insulsa es aquí la vida! ¡Cuán monotonía y pesada! —Dicen unos: —«No hay objetos que nuestra vida distraigan. En los desolados campos no se ven ni cuatro matas ni chateaux con lindas torres, bosquecillos y cascadas

como los que á centenares hay en Bélgica ó en Francia.»
 Y se quejan del efecto sin averiguar la causa; y es que las otras naciones en el propio suelo gastan por conveniencia y por gusto lo mejor de sus ganancias, mientras aquí, confiando que el maná del cielo caiga, con tal de seguir la moda pegamos fuego á la casa.
 A una exposición iremos de gatos, pitos ó flautas cuando se haga, por supuesto, en una ciudad extraña.
 En España esas empresas siempre se ve que fracasan, ó que no hay iniciativa siquiera para intentarlas...
 Nada, siga el movimiento que ha emprendido la ignorancia, y vayan á otros países á gastar dinero en crápulas, y queden muy satisfechos cuando regresen sin blanca, los pschuteux y los becarre y las cursimilifantas.

GONZALO CANTÓ

Viage inútil.

Dicen que los yanquis no se explican cómo hace varios años á España no exportan un diente tan sólo, cuando ellos fabrican los dientes á miles para todo el globo.

A inquirir las causas de tanto abandono por parte de España, un comisionista vino aquí hace poco, y por los informes pudo convencerse de que aquí nosotros no necesitamos de dientes postizos, pues tenemos todos dentadura sana por el uso diario del Licor del Polo.

Cantares.

Podría el hombre vivir aunque le faltara el aire pero ¿es posible que viva sin el amor de su madre?

Dios, en castigo del hombre, de plagas sembró la tierra, mandó á Egipto «siete plagas» y á España ¡diez mil poetas!

J. F. GARCÍA

CORRESPONDENCIA PARTICIOLAR

TERREMOTO.—Alicante.—Dedicar una composición de esa índole á la catástrofe de la Martinica, me parece una crueldad.

F. S. A.—Madrid.—¿Conque lo de siempre? ¡Pues vaya una novedad! ¿Usted cree de buena fe que puede decirse

Hay aquí cada mujeres...?

A. M. R.—Arévalo.—Por complacerle alguna vez, le copio este cantar:

¡Cómo quieres que las rosas que nacen en tu jardín no sean fragantes y hermosas, si las cuida un querubín!

Y le arregló este otro:

Nunca se debe llorar por sufrir un desengaño; que entonces se lloraría la mayor parte del año.

¿Está usted conforme?

A. P. DE LA G.—Madrid.—Sí, señor; los juzgo merecedores de ser publicados, y los publico.

CÓRCHOLIS.—Madrid.—Siento no poderle decir á usted lo mismo. Una pregunta: ¿Con qué dibuja usted? Otra: ¿Es usted cabo de barrenderos? Pues no emplee las escobas más que en barrer.

R. P. E.—Madrid.—Por ese camino, derecho á Leganés.

A. P.—Málaga.—Su padre no puede contestarle hoy, y yo no quiero meterme en asuntos de familia. Allá ustedes.

F. A. y F.—Está bien versificado, sí, señor; pero ¿no sabe usted que ese cuento del rey y el ventero es más viejo aún que los huevos?

J. M. B.—Salamanca.—Así, así me gusta: de lo malo poco.

PEPE.—Madrid.—En la historieta *Los que hacen su agosto*, ha olvidado usted incluir á los almacenistas de papel. ¿Le parece á usted que hacen poco negocio habiendo tanto dibujante y tanto emborrador de cuartillas con destino al cesto japonés?

M. P. S.—Aprovecharé algunas Gotas. Eso de *Antigüedades*, «me suena», dicho sea sin ánimo de ofenderle. Por lo menos parece imitación de ingenios que ya pasaron.

EL TROMPETA.—Madrid.—El asunto me gusta; pero la versificación está muy descuidada. Vea usted:

Porque ya desde las quince primaveras forjándose en sus sueños vanas quimeras...

¿Dónde está la sesura en el primero de estos dos versos?

A. S. M.—¡También ese cuentecito es de ayer mañana! Pero, señores; ¿tanto trabajo cuesta hallar una idea, ó es que se han propuesto ustedes versificar todos los chascarrillos anteriores á Chaves?

J. F.—Sevilla.—No hay inconveniente en publicar en esta sección el soneto de su tímido amigo F. C., pero adviértale que aquí los reclamos se pagan á 3 pesetas la línea. De modo que 3 x 14 = 42 + 6 de título, + 3 de firma = 51. Una friolera para su amigo ó para el dueño del establecimiento. ¡Ah! Dígale al tímido poeta que *delicioso y delicioso* son demasiado consonantes.

REDONDILLA.—Madrid.—Sí, señor; mande la firma.

R. R.—Buenos Aires.—El hogar,

Do nadie vive ya sino la muerte,

demasiado triste y con algunas incorrecciones.

Entre las *Chispas* no hallo ninguna con brillo más que esta:

No sé qué me da más miedo, si el silbido de la bala ó un suspiro de tu pecho.

Las otras deben haberse apagado en la travesía.

TIBERIO GRACO.—Madrid.—El movimiento se demuestra andando.

Establecimiento tipográfico de Ricardo F6, Olmo, 4

MADRID
 Tres meses, 2,50 ptas. — Sols id., 1,50. — Año 8.
 PROVINCIAS
 Semestre, 5 ptas. — Año, 9.
 Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 mjm



UNION POSTAL
 Un año, 16 pesetas.
 VENTA
 Número corriente, 0,15; atrasado, 0,35
 Anuncios extranje.: Ptas. 0,35 línea de 45 mjm.

Bazar de Camas de la Latina

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas. — Colchones de muelles. — Colchones de varios sistemas. Nadie puede competir en precios con el Almacén

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1



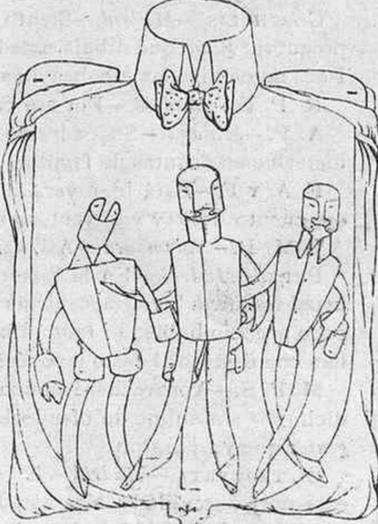
PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

LA LECTURA
 REVISTA DE CIENCIAS Y DE ARTES
 Director: FRANCISCO ACEBAL.
 Cada número consta de 150 á 160 páginas en 4.º, impresas sobre papel couché.
 PRINCIPALES COLABORADORES
 Los Sres. Altamira, Benavente, Bernete, Bueno (M.), Buylla, Calleja, Carracido, Conde de las Navas, Dorado, Esquerdo, García del Real, Labiada, Lampérez, Mariani, Martínez Sierra, Marquina, Maura, Médida (J. R.), Moret, Navarro Ledesma, Ortega Morejón, Picón, Posada (A.), Pulido, Ramón y Cajal, Rodríguez Mourelo, Sánchez Toca, Tolosa Latour, Unamuno, Valera, Vera (V.) y Zeda.
 PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN ESPAÑA Y PORTUGAL
 Un año, 24 ptas.—8 meses, 16.—4 id., 8.—Número suelto, 2,25.
 En los países de la Unión postal, los mismos precios en francos.
 Diríjase la correspondencia al Administrador D. CLEMENTE DE VELASCO, Cervantes, 30, MADRID.

Talleres de fotograbado
 DE LOS SUCESESORES DE
E. Pérez

 Fotograbado directo y de línea
 Cincografía—Cromotipia.
 PRECIOS SIN COMPETENCIA
 DESCUENTOS
 PARA CATÁLOGOS Y REVISTAS
 ILUSTRADAS
 33 — Quintana — 33
 MADRID

POR 40 PTAS.
 seis buenas camisas de elegante corte y esmerada confección.



CAMISERÍA DE MARTÍNEZ
 2, San Sebastián, 2.
 Esta antigua y acreditada casa avisa á su distinguida clientela que no ha establecido ninguna sucursal

Invitación para participar á la próxima
Gran Lotería de Dinero.
500,000
 Marcos
 Pesetas **850 000**
 como premio mayor puede ganarse en caso más feliz en la nueva gran Lotería de dinero garantizada por el Estado de Hamburgo.
 El premio mayor de la primera clase es de Marcos 50.000, de la segunda 25.000, ascendiendo en la tercera á 10.000, en la cuarta á 6.000, en la quinta á 4.000, en la sexta á 2.000 y en la séptima clase podrá en caso más feliz eventualmente importar 500.000 pesetas, es decir, 500.000 Marcos de premio.
 La casa infrascripta invita por la presente á interesarse en esta gran lotería de dinero. Las personas que nos envíen sus pedidos se servirán abastecer á la vez los respectivos importes en billetes de 50, 100 ó sellos de correo remitidos en valores de 500, 1000 ó en libranzas de Giro Móvil sobre Madrid ó Barcelona, extendidas á nuestra orden ó en letra de cambio fácil á cobrar por certificado.
 Para el sorteo de la primera clase queda
1 Billete original, entero: Pesetas 10
1 Billete original, medio: Pesetas 5
 El precio de los billetes de las clases siguientes, como también la instalación de todos los premios y las fechas de los sorteos, están todos los pormenores se verá del prospecto oficial.
 Cada persona recibe los billetes originales directamente que se hallan previstos en las armas del Estado, como también el prospecto oficial. Verificado el sorteo, se envía á todo interesado la lista oficial de los números agraciados, prevista de las armas del Estado. El pago de los premios se verifica según las disposiciones indicadas en el prospecto y bajo garantía del Estado. En caso que el contenido del prospecto no convendría á los interesados, los billetes podrán devolverse pero siempre antes del sorteo y el importe remitido será restituido. Los pedidos deben remitirse directamente lo más pronto posible, pero siempre antes del
11 de Junio de 1902
 (FECHA DEL SORTEO)
Valentín y Cia.
 Hamburgo.
 Alemania.
 Para orientarse se envía gratis y franco el prospecto oficial á quien lo pida.

BERNABÉ MAYOR
 3, ESPARTEROS, 3
 MADRID
 Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
 Ferretería, metales, utensilios de cocina.
LUZ ELÉCTRICA
 Catálogos ilustrados gratis.



SERVICIOS FÚNEBRES
La Soledad
 DESENGAÑO - 10.
 TELÉFONO 205

ANTONIO FERNÁNDEZ
 CAPATAZ DE MADRID CÓMICO
 Vende en su puesto, Mayor, 6, los principales diarios de provincias, y solicita el envío de cuantos periódicos de importancia se publiquen fuera de Madrid.

NOVELA INTERESANTE
HUELLA DE ALMAS
 POR FRANCISCO ACEBAL
 Un tomo en 8.º de 260 páginas, 2 pesetas en todas las librerías.

¡OH GRAN REMEDIO! —Específico de Clark.— CURA INFALIBLE
 Para la curación rápida y radical de la Debilidad nerviosa, Impotencia, Derrames seminales y toda clase de Desarreglos producidos por Excesos sexuales durante la juventud.
 Este específico curará, aun cuando hayan fallado los demás remedios, y es el único medicamento que cura todos los casos de Debilidad del sistema nervioso, Impotencia (parcial ó total), Postración nerviosa, Consunción, Espermatorrea ó Derrames seminales, toda clase de Debilidad en el organismo, como falta de virilidad y enfermedades en los Organos genitales.
 Esta medicina se hallará de venta en todas partes del mundo por los primeros comerciantes de Drogas y Boticarios.
Diríjase á Clark's Specific 140 EAST 80 STREET
 NUEVA YORK, E. U. A.

MATÍAS LÓPEZ. —Chocolates, Cafés, Dulces.— Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montero, 25.